



En Riso

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO
D. CARLOS FRONTAURA.

DIRECTOR ARTÍSTICO
D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.
Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar: Año, 15.
Número suelto, 15 céntos.—Atrasado, 25 céntos.



—Gracias, joven amable.—Más que tus rosas—necesito las aguas—de Panticosa.





CRÓNICA.

La benemérita clase de timadores, tomadores, descuideros y demás *ratas* aumenta de una manera verdaderamente alarmante.

El teatro, que en otros tiempos más oscuros que los presentes, servía para dar á conocer grandes acciones, heroicas virtudes, nobilísimas pasiones y rasgos sublimes de ingenio, sirve hoy para popularizar á los *ratas*.

Y hay muchos individuos que en vez de consagrarse al trabajo, que es un penoso pero honrado modo de ganar la vida, se dedican, sin duda con más provecho, al oficio de ladrón. Suelen ser presos y pasar una noche en la cueva del Gobierno Civil ó un día en la cárcel, pero á las veinticuatro horas ya están otra vez en la calle, en el pleno ejercicio de su industria.

Y tienen su notoriedad, ya lo creo, porque además de que en el teatro se les presenta burlando con más ó menos donaire á la autoridad, los periódicos diarios repiten frecuentemente sus nombres ó sus apodos, dando cuenta de su entrada en la cárcel, con lo que el curioso puede observar, por ejemplo, que el *Merenguillo* ha entrado ocho ó diez veces en el mes, lo que quiere decir que ha salido otras tantas. Y lo mismo otros infinitos colegas.

No hay duda que es la del *rata* vida muy apegada, pero nunca tanto como la del que trabaja. A éste le suele faltar ocasión de trabajar, suele caerse de un andamio, ó le coge una máquina, ó se le viene encima una pared, pero el *rata* no tiene más que salir á la calle, meterse en aperturas ó en el tranvía, espiar cuándo sale á la compra la vecina del tercero, ó cuándo se sube la portera á buscar al gato, hacer el amor á la criada del principal para que le reciba en ausencia de los amos, darse un paseo por la plaza de Oriente durante la parada, asistir á alguna novena por si se descuida una devota, tomar una entrada en un teatro con el piadoso fin de tomar la capa que un elegante deja en el respaldo de la butaca mientras va á visitar á las de Lobanillo, que ocupan un palco...

Todos los días trae el tren á Madrid algún inocente á quien despluman dos ó tres *ratas*

siempre por el mismo procedimiento... El cuento del francés, los cartuchos de perdigones, el entierro de los capitales reunidos, son invenciones contadas mil veces por los periódicos, y sin embargo, todos los días hay uno que cae en la red, y luego en vez de pegarse cuatro pescozones por haberse dejado engañar, va lloriqueando á quejarse á la autoridad de lo que le ha sucedido y



con la pretensión de que se coja inmediatamente al *rata*, á quien ni él mismo conoce si le vuelve á ver, y se le devuelva el dinero que entregó, creyendo en su estúpida malicia que iba á hacer un gran negocio.

El martes último un joven que acababa de cobrar en billetes cinco mil pesetas de un premio de la lotería, las cambió en cuanto salió de la lotería por unos cartuchos de perdigones que le ofrecieron tres *ratas* como de monedas de cinco duros.

Verdaderamente, voy notando que la lotería favorece casi siempre á la gente más lila del reino. Y no aludo á Cassola.

En fin, señores, este fomento prodigioso de la *ratería* es una señal de los tiempos.

En otras esferas hay mucha gente que no trabaja y vive y bebe y se divierte. Si entre las personas educadas hay quienes saben hacer tal milagro, no es raro que en las últimas capas sociales se produzca esa invasión de *ratas* que nos asaltan constantemente y nos quitan el reloj y la capa, y el bolsillo, y gracias si no nos arriman una *puñalaita de plus*, y entran en los Museos y roban estatuitas en el Arqueológico y el oro del uniforme de Alfonso XII en el Naval.

*
*
*

Ayer recibí la carta que copio:

«Amigo Venturita: Habrás leído que va á establecerse un nuevo Círculo de recreo con el nombre de *Sport-Club*. Temo que mi marido ingrese en ese Círculo, y será el cuarto á que pertenece, pues ya es socio del *Veloç-Club*, del *Casino de Madrid* y de *La Peña*, con lo cual el círculo donde menos habita es su casa. ¿Por qué no dices

algo de este afán de fundar círculos? Te lo agradeceríamos muchas casadas que sufrimos las consecuencias.»

Señora mía, aunque yo tronara aquí contra los círculos existentes y los proyectados, parece-me que no por eso dejarían los *amateurs* de fundar círculos y de asistir á estos centros de reunión, y todo lo más que dirían leyendo mis observaciones sería:

—Hombre, ¿y á usted qué le importa?

Y yo no sabría qué contestar.

Que van á establecer un nuevo círculo, aprontando cada socio fundador cinco mil pesetillas para los gastos de instalación; que los socios fundadores pagarán mil pesetas de entrada y ciento cada trimestre. Perfectamente. Cada uno hace de su dinero lo que le da la gana, y no seré yo quien se enfade por eso, ni se atreva á censurar á las distinguidas personas que han pensado establecer semejante fundación, aunque no sea piadosa.

Yo sé que no cuentan conmigo, y que ninguno vendrá á comprometerme para que sea fundador, y mártir. Por este lado estoy completamente tranquilo.

Eso sí, como yo fuera mujer seguramente que no vería con buenos ojos la fundación del nuevo círculo, porque esos círculos pareceme que distraen demasiado á los maridos, y roban muchas horas de amorosa compañía á las señoras. En aficionándose un hombre al círculo, se acabó; en el círculo lee los periódicos; en el círculo juega al tresillo, si no juega á otra cosa; en el círculo recibe las visitas; en el círculo almuerza; en el círculo come... y si hubiera cama en el círculo puede que en el círculo durmiera; todo lo que no podrán ustedes menos de convenir en que produce gran perturbación en la vida conyugal.

Los círculos de recreo debieran ser para solteros y para viudos; hablo de solteros ya corridos, á quienes casi pudiera llamarse solterones, porque para los jovencitos menores de veinticinco años, los círculos pueden ofrecer peligros, y no debieran entrar en ellos, por la misma razón que en los carteles de corridas de novillos se prohíbe que bajen al redondel los niños y los ancianos, para evitar desgracias.

Así pues, señora incógnita mía, estando conforme con usted en que son ya más de los necesarios los círculos de recreo que vamos teniendo en Madrid, confieso que es en vano todo lo que se declame ó se escriba contra semejantes fundaciones. El espíritu de asociación progresa notablemente: el hombre siente la necesidad de pasar la vida todo lo más divertido posible, y busca la diversión fuera de casa, porque el que más y el que menos en su casa no se divierte. Además, señora, los que tienen en su casa todas las comodidades, los que con más medios cuentan para pasar la vida holgadamente suelen ser los que más

se aburren, los que más excitantes necesitan para distraerse, y de ahí la fundación de círculos donde de todo se cuenta y se comenta, donde se sazona con sal y pimienta la crónica escandalosa, donde se charla y se ríe sin medida de todo, de todas y de todos, sin que nadie se asuste, y se vive en libertad completa, en deleitosa independencia, y se mata el tiempo sin preocupaciones fatigosas y de la manera más alegre posible.

¿Y eso de poder decir: «*Mi círculo. Voy á mi círculo. Vengo de mi círculo. Me encontrará usted en mi círculo. Si viene alguien á buscarme que vaya al círculo...*»?

Cualquiera puede decir: «*Mi casa*», aunque no pague al casero, pero «*Mi círculo*», no lo puede decir cualquiera.

Con que, señora mía, siento mucho el disgusto que le causa la fundación del nuevo círculo, pero no lo puedo evitar, ni creo que será el último. Pónganse ustedes de acuerdo las señoras, y funden otros círculos, y admitan cierto número de socios de mérito sin más condición que la de no pertenecer á ningún círculo más, y cuenten ustedes conmigo, y hasta con mi modesto óvalo, como decía por decir *óvalo* cierto personaje, que si no es senador no le faltará mucho para serlo.

VENTURITA.

¡QUÉ MARIDOS!

MONÓLOGO.

¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Qué maridos! Dos meses hace no más que el corazón y la mano dí á mi novio en el altar. ¡Mi novio!... El que prometía no separarse jamás de mí cuando nos casáramos, no darme ningún pesar, estarse á mis pies rendido, romper con toda amistad, no ver más que por mis ojos, y por no ver, no mirar á otra mujer en el mundo, ni tener más voluntad que la de su *chacha rica*, de la que se olvida ya!...

¡Pobre *chacha rica*! El novio ya es marido, y como tal, un tiranuelo egoísta, casi huésped en su hogar.

Ya tiene mal genio y gruñe, y hasta me suele hablar mal, y habla un lenguaje, que á veces, suelta una barbaridad.

Amigos, los que tenía tiene, y con ellos se va, y se va Dios sabe adónde, no me lo quiere contar. Se acabaron ya los mimos que le hacía á mi mamá, y ya la llama «*mi suegra*,»

¡QUÉ MARIDOS!—(Dibujo de L. Bori.)



y hay ya cierta hostilidad
entre la suegra y el yerno,
y no sé en qué acabará...

¡Qué maridos!—«Que te vistas,
porque te vendré á buscar,»—
me dijo hace ya tres horas,
y Dios sabe dónde está.
Y aquí le estoy esperando
mientras el tuno quizás
á otra dice las ternezas
que á mí ya no me dirá.
Así el amante más tierno,
así el novio más leal,
desde el punto en que se casa
toda buena cualidad
pierde, y ya se manifiesta
tal cual es, sin ocultar
su egoísmo, su amor propio,
su falta de urbanidad.
¡Qué maridos! ¡Como enviude,
no me volveré á casar!

F.

CARTA ABIERTA.

SEÑOR DOCTOR THEBUSSEM

EN MEDINA SIDONIA.

Madrid 9 de Enero de 1888.

Amigo doctor: A los efectos consiguientes paso á manos de usted la carta que recibo del señor don Manuel del Palacio, en la que este renombrado poeta defiende su soneto *Don Quijote y Sancho Panza*, y contesta á los reparos que usted le puso y yo publiqué en el número primero de LA RISA.

Usted verá si se conforma ó no con la réplica del poeta, que me parece muy razonable, y espero la contrarréplica de usted, si entiende que ha lugar á ella, ofreciéndome á comunicarla sin demora al interesado.

Es de usted como siempre afectísimo amigo y servidor q. b. s. m.

CARLOS FRONTAURA.

Señor don Carlos Frontaura.

Querido Carlos: Con decirte que he recibido juntos los números 1.º y 2.º de LA RISA, dicho está que leí con bastante retraso la ingeniosísima carta del doctor Thebussem y tú no menos ingeniosa contestación, que pudiera muy bien reducirse á los siguientes términos: «El que la armó que la desarme».

Y como por lo visto soy yo el que la ha armado, allá va la defensa de mi soneto, que aunque escrito á vuela pluma, corresponde perfectamente á mi manera de sentir.

Si atendiese tan sólo á los impulsos de mi modestia, aceptaría desde luego la corrección del doctor Thebussem; que competencia para eso y mucho más le reconozco; pero escrúpulos de patriotismo me hacen temer que, obrando así, daría motivo á que cualquier extranjero murmurara, y no ya para sus adentros, sino para mis afueras: «¿qué país es ese en que ni los poetas dicen la verdad?»

Mi soneto, al que titulé *Don Quijote y Sancho Panza* por ser estos dos españoles de los pocos que se conocen fuera de España, no retrataba la sociedad en general, donde sin duda ocurre lo que nuestro buen doctor afirma; era la expresión fiel y cariñosa de los sentimientos que predominan en la sociedad literaria y artística que, al ofrecer aquellos obsequios á sus hermanos en artes y en letras, lo hacía con la magnanimidad y buena fe del generoso hidalgo, no con la malicia y ruindad del interesado escudero; sociedad de soñadores más que de hombres prácticos; de crédulos más que de calculistas; de Quijotes, en una palabra, más que de Sanchos. Pensando en esta Sociedad, les hablé yo de la patria de Cervantes; no me acordaba en aquel momento de la patria de los Niños de Écija.

Además, ¿no te parece, querido Carlos, que siendo Sancho Panza todo lo que es, ó todo lo que el doctor Thebussem quiere que sea, y corregido como aparece por él mi soneto, lo que empezó saludado acaba siendo trabucazo?

Insisto, pues, en mi pensamiento: los extranjeros que últimamente nos visitaron han tenido ocasión de ver por aquí muchos Quijotes, sin que yo niegue que, ensanchando el círculo de sus relaciones, hubieran encontrado á granel los Sancho Panza; mas para esto no necesitaban salir de su país.

¿Es que no bastan las pruebas aducidas para la defensa de mi soneto? Borremos el soneto en buen hora, pero escribamos en su lugar esta consoladora noticia: «Algunos miembros del Congreso Literario que traían reloj volvieron á su casa con él.»

Desea te suceda siempre lo mismo tu antiguo y afectísimo amigo y compañero

MANUEL DEL PALACIO.

EPIGRAMAS.

—
Cayó enfermo Sinforiano,
y aunque al cogerle la mano
un doctor de nombradía
afirmó que se moría,
pronto se vió salvo y sano.

Hubo otra vez de enfermar,
y su mujer, al notar
que estaba un día mejor,
gritó: ¿Qué dirá el doctor
si le vuelves á engañar?

—
Jorge una peseta halló,
y dudando si era buena,
por ver si se la cambiaban
mandó á un muchacho con ella.

El chico no ha vuelto, y Jorge
qué pasó saber quisiera;
mas si no ha vuelto, está claro
lo que pasó, ¡la peseta!

LIBRERO PORSET.

ÓRGANILLOS.

—
Me entusiasma la buena música, y soy capaz aun de aplaudir á una tiple *sfogata ó desajogada*, (que es lo mismo) ó á un tenor «primo de cartel».

Tolero hasta el piporro en los funerales, porque no descompone el cuadro.

Parece una voz de ultratumba con catarro.

Paso por el violín, aunque con precauciones, y sufro los ensayos de guitarra en la vecindad.

Pero no puedo acostumbrarme al ruido de los organillos.

No me explico la tolerancia gubernativa con las señoritas *cúrsiles* que se estremecen en el teclado; es decir, que se sienten pianistas, abusando de los oídos de la vecindad.

¿Por qué no se impone un tributo, como el de los perros, á las chicas pianistas para casa de los padres?

Pero aún hay más allá.

Los organillos.

Hubo un tiempo en que los productos de las recolectas que realizaban postulando por esas calles los profesores en manubrio, servían para ayudar al sostenimiento del hospital de italianos en Madrid.

Los encargados de las serenatas públicas con organillo eran italianos voluntarios.

Pero aquella costumbre se modificó.

Hoy los profesores en manubrio son españoles, jóvenes tímidos para el trabajo, que alquilan organillos para ganarse la vida en música.

Asociaciones de dos ó tres *endeviduos* para cada instrumento de esos; uno de los socios se encarga de la interpretación de los números musicales, otro de postular y el tercero del arrastre de la maquinaria, enganchado entre varas como una caballería de veras.

Los constructores de organillos toman del repertorio musical cuantas piezas les acomodan, y aun arreglan el acompañamiento, y á las veces, el canto.

La ejecución por parte de los profesores es muy sencilla.

Verdad es que lo mismo darían ellos vueltas al manubrio para subir cubos de un pozo ó en una noria primitiva para imprimir movimiento á la rueda de los cangilones.

Supongo que los organillistas disfrutarán licencia de la autoridad, cuando atormentan los oídos del vecindario.

Si acaso la autoridad puede otorgar licencias para tanto.

En cuanto apunta el día ya no hay hora segura para los oídos delicados.

Hay profesores de organillo que duermen al raso, ó por lo menos así parece, según lo que madrugan para obsequiar al público con sus serenatas.

Pensar en que puede un hombre dedicarse á estudiar ni á tareas que exijan atención y recogimiento, es pedir imposibles.

Los organillos no lo consienten.

Es igualmente imposible el uso de enfermos en una casa; porque los profesores de manubrio convienen en visitar la calle donde hay algún enfermo grave, para que la familia los remunere por el silencio.

—Tenga usted la bondad de no tocar,—decía un caballero á uno de esos profesores,—que tengo enfermo en mi casa.



—Y á mí qué me cuenta usted?—preguntó el chulo de la música.—Si tiene usted enfermo, que se muera.

El caballero sacudió un puñetazo en el cajón de la música y dejó á *Norma* y *La gran vía* al descubierto.

Total: un disgusto é indemnización de algunos duros por compases perturbados.

El organillo en público es perjudicial para el orden interior de algunas casas.

Hay joven «sirvienta» que no puede contener sus ímpetus en cuanto oye el baile de criadas y de horteras.

Suelta cuanto tenga en la mano, aunque sea una vajilla completa, y se deja bailar los piés como ellos quieran.

Es un efecto nervioso que no puede contener una chica doméstica y sensible.

La música, y en particular la de Chueca y aún más en particular la de *La gran vía*, produce vértigos en la institución de criadas del reino y ultramarinas.

Comprendo que para oídos en barbecho, la música de los organillos es poco menos que una serenata por la música del cuerpo de alabarderos.

Conozco joven sensitiva que en oyendo un retazo ó desperdicio de *El Trovador* en algún organillo, se conmueve y llora como si fuera ella la esposa de Manrique y se le hubiera fusilado aquel conde de Luna y demás.

Que los niños inocentes sientan alegría oyendo alguna cosita de Offenbach en los organillos, se explica fácilmente.

Angeles de Dios, que no conocen los peligros á que exponen su vida.



Pero las personas sensatas, las que no gustan de que las pongan en música, protestan contra esa libertad de notas.

Comprendo cuán respetables son los derechos individuales de esos jóvenes que se dedican a la música por rotación.

Pero los ciudadanos de verso, como se denomina en lenguaje teatral a los actores que no son líricos, también merecemos consideración, aun cuando sea poca.

¡Ah! No permita Dios que los señores que pudieran evitarnos esa música transeunte se vean en la hora postrera con un organillo en la acera de enfrente de su casa.

EDUARDO DE PALACIO.

ANDANA.

Ni supe cuando nació
ni sé cuando morirá,
pero me figuro yo
que *Andana* eterno será.

Informal como ninguno
aunque con muy buenos modos,
este sujeto es un tuno
que se hace amigo de todos.

Amistad acrisolada
nos ofrece comunmente,
y nos deja en la estacada
después muy tranquilamente.

Contrata, ofrece dinero
a sus amigos sin tasa,
y luego... es un marrullero
que no está jamás en casa.

En invierno y en verano
ejerce sus malas artes,
y se halla este ciudadano
como Dios en todas partes.

*
*
*

Aquel que ofrece contento
millones como el que más,
y cuando llega el momento
de soltar se vuelve atrás;

aquel que es la dicha toda
de una niña enamorada,
y en hablándole de boda
ya de lo dicho no hay nada;

aquel que piensa ayudar
a un amigo en su aflicción,
y si éste le va a buscar
me le suelta un sofión;

el que liberal se llama
y es un liberal de pega,
que no cumple su programa
cuando á ser ministro llega;
todos esos en detalle

son de mi tipo ediciones,
y éste se encuentra en la calle
lo mismo que en los salones.

*
*
*

En su recto proceder
nos obliga á consentir,
porque es largo en prometer
y muy avaro en cumplir.

Y no hay ninguno que venza
sus tretas, de ningún modo,
pues como es un sinvergüenza,
se le da un pito de todo.

Puede ser alegre ó grave,
chulo ó mozo de cordel
ó actor; pero ya se sabe
que no hay que contar con él.

Lector, si encuentras al paso
el tipo de este boceto,
te ruego no le hagas caso,
puesto que es un mal sujeto.

Fíjate bien en su nombre
y no te quejes mañana,
porque casi siempre el hombre
se suele llamar *Andana*.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LAS TRES FASES.

Hace diez años, los dos:
ella y yo, su amor y el mío...
Dichas, ilusión, placer,
encantos... ¡El paraíso!

Luego los dos, y su madre,
y la cruz del matrimonio...
Reyertas, penas, cansancio,
disgustos... ¡El purgatorio!

Ahora los dos, y su madre,
y cuatro niños pequeños...
Desesperación, hastío,
necesidad... ¡El infierno!

ANTONIO MONTALBÁN.

EPIGRAMA.

Hija de Jaca es Ciriaca
y de Mula es hijo Antonio,
y quieren ser matrimonio
el de Mula y la de Jaca.

Si se llegan á casar
y hay en la familia aumento,
contribuirán... al fomento
de la cría caballar.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

NUESTROS PINTORES, *por Cecilio Plá.*

—¡Ah! ¿Es usted el modelo que me recomienda Gómez para mi cuadro del Cid?

AYER, HOY Y MAÑANA, por *Ignotus*.

AYER.

Cuidaba en la aldea
los patos, los puercos..
Cuidando los patos
fué luego creciendo,
y á los veinte estaba
harta ya de pueblo,
de pollos y patos,
de vacas y cerdos,
y de un señorito
oyó los requiebros,
y quiso ver mundo
y se vino á verlo.

HOY.

El mundo lo ha visto
y lo sigue viendo
en la compañía
de viciosos viejos,
de troneras jóvenes,
unos y otros necios,
y es la vida alegre





todo su embeleso,
de la gente honrada
escándalo siendo.

MAÑANA.

¡Mañana el abismo!
Acaso un mastuerzo
se case con ella
por hacerse dueño
de lo que le quede
de lo que le dieron
los troneras jóvenes,
los viciosos viejos;
y cuando se acabe,
insultos, denuestos,
cruelles palizas
y golpes tremendos,
el hambre y el frío,
y el mísero cuerpo
cayendo postrado
en el triste lecho
de un asilo, donde
recuerde en el sueño
la paz de la aldea,
los tiernos polluelos,
y aquel señorito
que la hundió en el cieno.

FRONTAURA.

BARRIGA LLENA...



No cabe la menor
duda de que *á Dios*
alaba.

Después de haber
comido bien no se
le ocurre á nadie sa-
lir con un trabuco á
la carretera.

A un hambriento
se le ocurre eso y
mucho más.

El estómago y el
cerebro están ínti-
mamente relaciona-
dos. Son dos bue-
nos amigos que se
comunican sus im-
presiones y que com-
parten sus alegrías

y sus pesares.

A *estómago vacío*, *entendimiento hueco*, por
más de que cuatro poetas que han perdido la es-
peranza de comer sostengan lo contrario.

¡Qué de ideas generosas y de pensamientos su-

blimes despiertan una rosca, una botella de vino
y un *bisteff* con muchas patatas!

Los españoles tenemos la barriga en el mayor
abandono, y así nos vemos los pobrecitos espa-
ñoles.

Gazpacho frío en verano y caliente en invier-
no en Andalucía, *pote* en Galicia, *arroz* en Va-
lencia y *cocido* en Madrid.

Con esos alimentos *no se va á ninguna parte*,
antes al contrario, *se nos vienen encima á cada*
momento.

¡El *gazpacho*!... Triste condena á pan y agua.

¡El *pote*!... Nabos, verduras y judías, ó sea un
pot-pourrit de aires nacionales.



¡El arroz!... Alimento chino muy propio para refrescar cuando es un *arroz cocido*, y no en forma de *paella*, en cuyo caso es un *arroz de espectáculo*, con sorpresas de pollo y de jamón.

¡El cocido!... Permittedme derramar una lágrima ante el recuerdo de ese enemigo de toda mi vida.

Garbanzos y patatas, un poco de carne y un *milígramo* de tocino.

Con eso *vivimos* medio Madrid, y luego se extrañarán de que haya suicidios, y de que se *ahorquen* relojes, y de que todos queramos ser ministros.

Como que los ministros tienen *principios*, cosa de que carecemos todos los artistas de corto vuelo y empleados de poca pluma.

A nadie mas que á un español se le ocurre coger en un puchero garbanzos, patatas, carne y tocino con agua y sal, beberse la sustancia como *entrada* y luego, como *plato fuerte*, comerse el resto.



Cada vez que tropiezo con un inglés, lo que me sucede con frecuencia, y le veo los ojos inyectados en carne cruda y las narices amoratadas por el coñac, suspiro con envidia, porque ese inglés tiene fuerza, y es amante de su familia y hasta

de su patria.

Los españoles tenemos que renegar de todo: como que estamos *cocidos* por nuestros cuatro costados.

Los cocineros italianos *dan el queso* con excesiva frecuencia, pero sin embargo, yo los admiro con sus *macarrones* y todo.

De la cocina francesa no hablemos.

Esa es la aristocracia del arte.

En Francia un cocinero es un doctor en ciencias exactas, con gorro blanco.

Presentan en sus platos la coquetería del amor, las inconstancias de la política, las ilusiones del arte.

Allí hay manjares para novios, para recién casados y para viudas con hijos.

Allí á un general se le sirven corazones de gallo y riñones de león, y á un ministro se le dan lenguas de cotorra y camaleones en salsa.

Por eso Francia es *el primer estómago* del mundo civilizado.

Un hombre hartado es incapaz de meterse con nadie. Por eso los españoles andamos siempre á bofetadas unos con otros.

El hambre es la enfermedad nacional que nos consume.

Si los soldados comieran mejor, qué pocos regimientos se sublevarían.

Si los empleados *postales* y *telegráficos* no comieran tan mal, qué pocas cartas se perderían y qué pocos telegramas sufrirían retraso.



Un ordenanza que cobra *seis* reales es imposible que pueda con el peso de *seis* despachos; por eso tarda *seis* horas en llevarlos á los destinatarios.

Da pena entrar en una oficina del Estado y ver á los pobres escribientes *de la rueda*.

Son cadáveres con un nombramiento oficial, y así los expedientes se mueren poco á poco por falta de nutrición.

Mucha *fibrina*, mucho *fosfato de cal* y mucho *hierro*, sobre todo, necesita este desdichado país si ha de levantar la cabeza.

Los empleados particulares tienen *mejores vistas* que los públicos, y están colorados y robustos, salvo escasas excepciones.

Un estómago vacío es un bolsillo sin dinero.

El *jugo gástrico* trabajando sobre las paredes que lo encierran, es como un perro que trata de saciar el apetito mordiéndose el rabo.

Y la cabeza, que es un *piso principal* que tiene la cocina en el *entresuelo*, y siempre está asomándose á abajo aguardando que el perezoso *ascensor* le suba los alimentos, ¿qué pensará cuando sólo llegan hasta ella los sordos gritos de las tripas que se muerden unas á otras por no poderle proporcionar *al señorito de arriba* el átomo viviente que necesita para sus continuos trabajos?

Un pobre, honrado, es un milagro de la naturaleza. ¡Estamos expuestos á tantas tentaciones!

Dicen que la privación es causa del apetito. Yo creo que la privación es causa del hambre, así como el hambre es causa del crimen, casi siempre.

Comer bien es sinónimo de obrar bien, á pesar de todas las filosofías de los hombres de talento que no comen.

Una mesa llena de luces y de flores, y servida por camareros con frac, que parecen diplomáticos con servilletas al hombro, es de lo más consolador que puede ver el hombre.

Las aceitunas llenas de jugo y húmedas por fuera, como si derramaran lágrimas por la hermosa Sevilla que les dió su cuna; el salchichón de Lyon con sus incrustaciones de gordura blanca;



la cabeza de jabalí que parece que guiña el ojo; las anchoas nadando en aceite; el artístico ramillete, palacio de guirlache y de huevo hilado, que tiembla por la suerte que le aguarda; el champagne, elemento revolucionario que se revuelve en su encierro con la alegría del porvenir, porque sabe que ha de saltar al fin y al cabo y ha de trastornar todas las cabezas... Ese espectáculo es sublime, y despierta en todos los corazones el deseo de las grandes conquistas y de las más difíciles empresas.

Los autores franceses, que son los únicos que comen bien, de sobremesa fraguan sus problemas dramáticos y sus intrigas cómicas.

Pensando en la digestión de los vecinos se inspiran los pocos españoles que ganan algo con la pluma.

¿Qué hacen los políticos cuando no encuentran la solución práctica de una crisis?

Arrojarse en brazos de Lhardy ó de Fornos, que son los que se encargan de salvar las dificultades y de hermanar las opiniones contrarias.

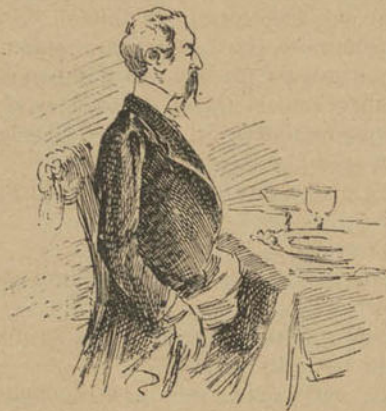
Después de un banquete no hay un diputado que no sea ministerial, si el ministerio es el que paga.

Barriga llena... á la situación alaba.

¡Quién pudiera comer bien para elevar el pensamiento y purificar el alma!

¡Yo os odio, garbanzos míos, con toda la rabia de mi corazón!

El hambre no puede inspirar mas que horrores.



¡Quién se acuerda del casero, ni del sastre después de comer?

¿Dicen que Cervantes no cenó cuando terminó el Quijote?

Pues si el pobre Miguel, con hambre y todo escribió esa maravilla del arte de la palabra, ¿qué no hubiera escrito después de comerse un faisán y haberse bebido media botella de Chateau-Margaux?

José JACKSON VEYAN.



LAS TRES HERMANAS.

(Continuación.)

CAPÍTULO II.

Donde aparecen otras figuras de esta verídica narración y se sabe quién era D. Cenón.

Entraron Purita y Policarpo en el gabinete de la casa de huéspedes de doña Joaquina.

Allí estaban doña Severa, madre de Purita y de Amparo y Virtudes. Ésta, la menor de las tres hermanas, se ocupaba en peinar á Amparo, que era la mayor.

Policarpo fué recibido franca y afectuosamente por doña Severa y sus hijas, como persona á quien se conoce mucho y en quien se tiene gran confianza.

Solamente Amparo observó:

—¡Jesús! Policarpo, no vaya usted á creer que es ésta mi hora de peinarme. He estado mala todo



el día, ó mejor dicho, estoy mala desde que vinimos... No sé si será el cambio de aguas. Y hoy me peino, porque esta noche vamos á una reunión.

—¡Hola! ¡Reunión á los ocho días de estar en

Madrid!—dijo Policarpo.—¿Y dónde es la reunión?

—En casa de don Venancio.

—¿González?...

—No, Sánchez. No le conocemos. Nos ha anunciado y nos presenta un caballero que está de huésped en esta casa.

—¡Ah, sí, ya tengo noticia! ¿un viejo rico?...

—¡Hombre! Viejo no es mucho... Se lo habrá contado á usted Purita.

—Sí que se lo he dicho; me parece que eso no tiene nada de malo. Encontré á Policarpo en la calle de la Montera, y hemos venido hablando, y le he dicho que fuimos al teatro Real.

—Sí señor,—continuó Amparo,—ese caballero es muy galante; y hablando él y mamá hemos venido en conocimiento de que fué muy amigo de papá... Él es de Calatayud y estuvo en Valladolid hace quince años, que fué á ciertas diligencias precisas, porque estaba interesado en una empresa de la canalización de no sé qué...

—Y mi marido—añadió doña Severa—le acompañó á todas partes, porque él no conocía á nadie



en Valladolid; y dice ese caballero que nunca ha conocido persona más agradable, más chistosa y más ocurrente que mi marido, que en paz descanse... ¡Ay! ¡Qué lástima que aquel hombre se desgraciara!... Si él viviera otro gallo me cantaría. Con que no crea usted que ese caballero, que es el señor don Cenón de la Panoja, es una persona enteramente extraña y desconocida para nosotras, no señor; podemos considerarle como un amigo antiguo, porque mi marido le conoció y estimó y le hizo muchos favores.

—La barba es lo que le haría,—pensó Policarpo.

—Don Cenón es una persona dignísima,—continuó doña Severa,—y en los pocos días que llevamos aquí nos ha demostrado su afecto y nos ha

dispensado tan delicadas atenciones, que las chicas y yo le debemos mucho agradecimiento.

—Él tiene su casa—dijo Amparo—en Zaragoza, pero viaja mucho para sus negocios y pasa largas temporadas en Madrid.

—En Zaragoza—añadió Purita—posee un palacio, y muchas fincas á orillas del Gállego, y una quinta de recreo en Zuera, y en fin, la mar.

—¡Cómo! ¿También ha llevado ese hombre la mar á Zaragoza?

—Allí tiene coches; y ayer, sin ir más lejos,—dijo doña Severa,—envió una librea para su cochero de Zaragoza; una librea magnífica, larga, que lo menos habrán entrado doce varas de paño superior, que él mismo dice que no habrá en todo



Aragón alto y bajo cochero mejor vestido que el suyo. También le ha enviado un sombrero de castor con su escarapela muy graciosa, y un látigo de lujo que le ha costado un dineral.

—Vamos,—observó Policarpo,—según las señas que ustedes me dan, ese don Cenón es un capitalista, uno de esos afortunados seres que logran hacerse dueños del dinero de toda la humanidad, un vampiro, un antropófago...

—Es un hombre de negocios,—dijo doña Severa.

—¿Y no tiene familia?

—Sobrinos lejanos, á los que no profesa ningún afecto.

—Será probablemente un avaro, un miserable, un usurero,—dijo Policarpo.

—No señor, nada de eso. Es un hombre espléndido.

—Figúrese usted si será espléndido y persona de buen gusto y montado á la moderna...

—¡Hola! ¿Montado y todo á la moderna?

—Sí señor; figúrese usted si será persona de importancia y que sabe gastar su dinero, que en su palacio de Zaragoza tiene un cocinero francés para él solo.



—¡Caracoles! ¡Cocinero, y francés! Ya tengo deseos de conocer á don Cenón.

—Ya le conocerá usted. Y le gustará á usted. Es un hombre muy campechano.

—Muy galante.

—Una persona finísima. ¡Lástima que haya engordado tanto!

—No, no está feo,—observó doña Severa.—Un hombre como él no podía ser un alfeñique. La gordura da cierta respetabilidad á la persona.

En esto llamaron suavemente á la puerta, y una voz atiplada dijo:

—¿Se puede?

—Ahí está don Cenón,—dijo doña Severa.

Amparo ya había terminado su tocado. Ella y las otras quitaron apresuradamente trapos y sillas de en medio, y doña Severa dijo alto:

—¡Adelante! ¡adelante!

Y entró don Cenón.

VENCEJO.

(Se continuará.)

CARTA DE CALIXTO A CLARA.

Clara, pensando en tu cara me paso la noche en vilo; Clara, yo no estoy tranquilo cuando no te veo, Clara.

Bien sé que mi posición no es de las más principales; sólo tengo seis mil reales anuales de dotación.

En cambio el Omnipotente, por causas que no me explico, me dió deseos de rico y abstinencia de escribiente.

Sé que tengo *poca ropa*

para aspirar á tu amor; pero ¡qué he de hacer, Señor, si te veo hasta en la sopal!

Por tí pierdo el apetito, y es mi pasión tan ardiente, que me he puesto transparente como el violín de Frasquito.

Imagen de mi deseo es siempre, Clara, tu cara, y de pensar tanto en Clara ¡ay, Clara, ya me clareo!

Lo que más pena me da, de mi destino tirano, es el rencor africano que me tiene tu mamá.

Ayer, ante mucha gente, cuando salía de misa, le dirigí una sonrisa, y me contestó: ¡indecente!

Aturdido en trance tal, vuelvo á sonreír sin gana; y ella, *enmendando la plana*, vuelve á llamarme: ¡animal!

Paciente como el cordero, que el cuello pone al cuchillo, ante su rigor me humillo, y me llama: ¡majadero!

En este instante observé en el suelo su abanico, se lo cojo y... no me explico por qué me dió un puntapié.

Tu mamá, dicho se está, cualquier día me devora: ¿qué le hice yo á esa señora? ¡Caramba con tu mamá!

Porque el lance, como ves, fué para mí muy penoso, porque siempre es afrentoso un puntapié en el envés.

No me rompió una costilla, pero, Clara, francamente, un puntapié ante la gente, y en ciertas partes, humilla.

Que aunque pobre de caudal, soy buen chico, buen cristiano, apostólico romano, trabajador y moral.

Y es natural que me queje de estos atropellos graves, porque tú, Clara, ya sabes que no soy ningún hereje.

Dime, pues, si tu pasión mi pasión esquivá aparta, y piensa que en esta carta te envío mi corazón.

CARTA DE CLARA A CALIXTO.

¡Ay, Calixto, me contristo pensando en tu suerte ingrata: ya sé que *metió la pata* mi mamá, pobre Calixto!

Aquel puntapié inclemente que á tí tanto te ha ofendido, yo también lo he recibido ¡ay! Calixto, moralmente.

Como tu amor es mi vida, siempre que te tratan mal y te llaman animal, yo me doy por aludida.

Pues mi amante corazón á tus pesares se ajusta, y aquel que á tí te disgusta

me da á mí una desazón.

En la sopa mi retrato
ve tu amoroso deseo;
yo en todas partes te veo,
hasta cuando miro al gato.

Si á tí mi amor te clarea,
Calixto, yo estoy que embisto;
¡ay! si me vieras, Calixto,
chupada como una oblea!

A don Mamerto, te advierto,
le protege la mamá,
y todo el día se está
hablando de don Mamerto.

Y viene por las veladas,
y se sienta junto á mí,
y me guiña el ojo, y...
vamos, *me da tres patadas*.

No vi un sér más apuesto
en los días de mi vida,
y la mamá, decidida
en qué él ha de ser mi esposo.

Mas mi amor todo lo arrolla,
y tú has de ser mi marido,
Calixto, está decidido,
contigo pan y cebolla.

No me asusta una buhardilla,
porque cifro mi ventura
en ser tu Isabel Segura
y tú mi Diego Marsilla.

Si en nuestra pobre despensa
nos faltan las provisiones,
en cambio en los corazones
será la pasión inmensa.

Y en los días desgraciados
tú me enviarás á mí
y yo te enviaré á tí
suspiros enamorados.

Alienta y cobra valor,
desecha penas ingratas:
que no hay jamón, pues patatas,
no hay patatas, pues amor.

Y si al fin, torciendo el gesto,
nuestro destino es morir,
podremos los dos decir:
¡ay, amor, cómo me has puesto!

Adiós, regalado edén,
que con toda el alma adoro,
mi Calixto, mi tesoro,
mi dicha, mi amor, mi bien.

Si contra mí se concierta
mi mamá, tenlo por cierto,
antes de ser de Mamerto,
Calixto, me verás muerta.

No dudes de mi pasión,
y acepta en estos renglones
todas las palpitaciones
de mi amante corazón.

DESENLAZE.

Calixto se quedó tuerto
de viruelas, y al ver Clara
de su Calixto la cara,
se casó con don Mamerto.

Calixto, dicho se está,
de su novia se vengó,
y aunque tuerto, se casó
al año con la mamá.

Y uno y otro matrimonio
llegaron á ser, con creces,
de esos que hace algunas veces
por divertirse el demonio.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

PASATIEMPOS INOCENTES.

COMBINACIONES.

Hallar un *infinitivo de cinco letras* que, según se combinen, den además los siguientes significados:

1. Infinitivo de un verbo que sólo ejecutan ciertos animales.
2. Un acto que jamás ejecuta el hombre.
3. Una frase familiar que denota cierta imperfección ó defecto físico.
4. Un lienzo de poco ó ningún valor.
5. Lo que suelen poner en práctica algunos enamorados.
6. Cierta conjunto de hombres.

* *

COMBINACIÓN DOBLE.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

Reemplácese los dos primeros y los dos últimos puntos de cada línea con otras tantas letras, de modo que, prescindiendo de la línea vertical de en medio, resulten horizontalmente:

- 1.º Un producto de industria.
- 2.º Conjunto de reglas.
- 3.º Cierta jugada.
- 4.º Nombre de varias aldeas gallegas.
- 5.º Malestar moral.
- 6.º Cierta designación.
- 7.º Nada.
- 8.º Primera persona de un presente de indicativo.
- 9.º Funda de defensa.

Reemplácese después los puntos de la línea vertical de en medio con las letras que componen el apellido de un hombre célebre, de modo que resulten horizontalmente:

- 1.º Parte de cierto instrumento.
- 2.º Adorno femenino.
- 3.º Dios mitológico.
- 4.º Competidor.
- 5.º Base.
- 6.º Tejido largo y angosto.
- 7.º Emblema de alta dignidad.
- 8.º Perturbación moral.
- 9.º A orillas del mar.

MOSAICO.

A. A. A. A. E. E. E. I. L. L. T. T. V. V.

Combinar estas letras de modo que, horizontal y verticalmente, se lea:

1. Mujer bíblica.
2. El que compone versos.
3. Tirano.
4. Artículo.
5. Vocal.

* *

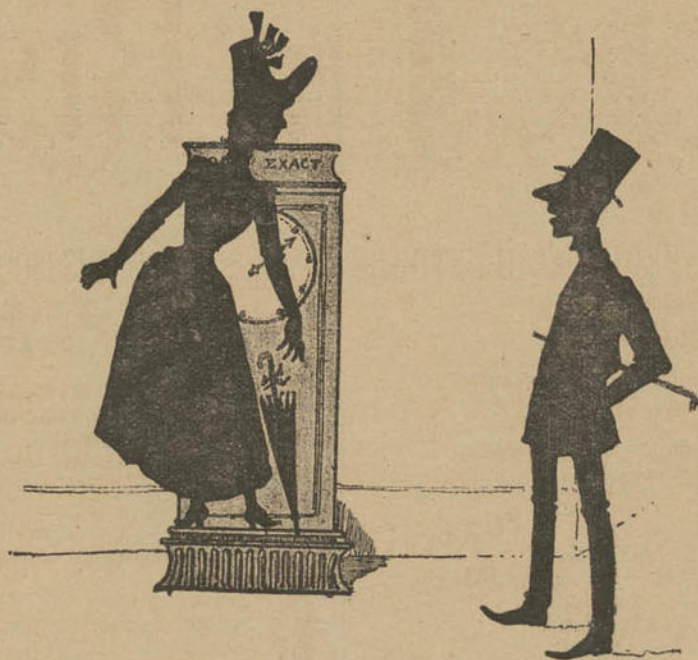
CUESTIÓN DE ACENTO.

Maña, malicia y engaño
te expreso con un acento;
pero sin él, voy la sangre
circulando por tu cuerpo.

M. MARZAL.

MADRID, 1888.

Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Presiados, 5.



- Ya lo ves, peso cuarenta kilos, y si me quito los guantes, el sombrero, los pendientes y dejo la sombrilla, no llegaré á los treinta
 —¡Parece imposible! A mí me pesas como cien quintales.
 —Más me pesas tú á mí, tuno. ¿Dónde encontrarás una mujer como yo?
 —Hija, en cualquier parte.

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE
 artículos y poesías de nuestros principales
 literatos, y viñetas y caricaturas de los
 mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería.

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

OBRAS DE D. CARLOS FRONTAURA

RECIENTEMENTE PUBLICADAS
 que se hallan de venta en esta librería.

LAS TIENDAS

DIÁLOGOS HUMORÍSTICOS.

Cuarta edición. Un tomo en 8.º, 3 ptas.

LANCES DE LA VIDA.

Un tomo en 8.º, 3 ptas.

SERMONES DE DOÑA PAQUITA

Un tomo en 8.º, 3 ptas.

GALERÍA DE MATRIMONIOS.

Tercera edición, ilustrada con más de 200 viñetas de La Cerdá. Dos tomos en 8.º, 7 ptas.

